

Marina

Marina

Pepita Vergara Beltrán¹

Cuando conocí a Marina ella tenía 77 años. Era una mujer bajita, regordeta, con el pelo ondulado, teñido de rubio. Lo más llamativo en ella eran sus ojos. Unos ojos azules hermosísimos que ofrecían una mirada limpia que cautivaba a todo aquel que tenía delante. Le gustaba vestirse con colores alegres y usaba zapatos con tacón ancho. Los labios de carmín y rubor en las mejillas.

Yo iba cada día a su domicilio para atender las necesidades de higiene de Mariana, su hermana tres años mayor que ella y que debido a una artrosis degenerativa había ido perdiendo movilidad y precisaba de una silla de ruedas para trasladarse de un lugar a otro del domicilio.

Mariana tenía un semblante severo, aunque estaba algo encorvada, era fácil deducir que era más alta que Marina, con el pelo corto, grisáceo y lacio, vestida siempre de tonos grises, la mirada siempre hacia abajo y una mueca de desagrado permanente que le hacía torcer la boca, dándole un aspecto de pocos amigos. Siempre cabizbaja y parca en palabras, ante mis tanteos, en alguna ocasión comentó que su hermana había tenido muchos pretendientes, pero que a su padre no le gustó ninguno. Su hermana siempre había sido muy ligera y alocada.

Aunque mi atención debía estar centrada en Mariana, yo sentía una gran debilidad por Marina. Cuando llegaba al domicilio, me recibía con una gran sonrisa y una broma a punto sobre su aspecto para “arrasar” en el barrio. Lo primero que hacía era ir al Bar del Loro, donde Mariano, el camarero, le preparaba un “desayuno especial”. Con su alegría, su jocosidad, su caída de ojos, con todo ello se convertía durante un rato en la alegría del mercado. Todos los vendedores querían

Para citar el artículo: VERGARA BELTRÁN, Pepita. Marina. *Revista de Treball Social*. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, agosto 2018, n. 213, p. 133-135. ISSN 0212-7210.

¹Trabajadora social y miembro del equipo de la RTS.

tenerla por clienta y siempre salía con algún que otro regalo, unos tomates por aquí, unas sardinas por allá..., le contaba a su hermana, que hacía algún gesto de desdén sin apenas prestarle atención.

Muchas veces después de acabar mi cometido, me quedaba un ratito más en el domicilio acompañándola, con la excusa de ayudarle a preparar la comida. Así fue como fui conociendo retazos de la vida de ambas. No se había casado, decía, por culpa de su hermana, que nunca tuvo novio, los chicos siempre la preferían a ella y su padre no le permitió casarse antes que su hermana mayor, haciéndole prometer antes de morir que siempre cuidaría de ella. Lo decía sin rencor, y cuando se refería a su hermana hacía muecas de enfado imitándola.

El mundo de Marina se desarrollaba en la cocina. Le encantaban las novelas de amor. Era una gran romántica y creía en el Príncipe Azul. Seguía seriales y telenovelas a través de un pequeño televisor situado sobre un soporte encima de la nevera.

Aunque era una experta en música clásica, también le gustaba escuchar música “moderna”, cosa que hacía a través de unos cascos, para no irritar a su hermana. Le encantaba cocinar, experimentar y luego ofrecer. A menudo tenía visitas de jóvenes, vecinos o de la parroquia que compartían con ella confidencias de todo tipo, ella les aconsejaba y siempre, siempre les hacía reír.

Marina era imaginativa e ideó un sistema para comunicarse con su hermana desde un extremo a otro de la casa, ambas utilizaban un pito con un código. Un pitido por parte de Mariana era una llamada, a la que contestaba con un pitido si ya iba y con dos si debía esperar porque en ese momento no podía. Mariana contestaba con uno que de acuerdo o con dos si era urgente... Presencí en más de una ocasión un intercambio de este tipo. A veces el tono de los pitidos iba *in crescendo*, y ya no respetaban ningún código. Nunca las oí discutir pero la primera vez que presencié una guerra de pitidos, supe que el pito era un instrumento que les permitía expresar su desacuerdo.

En una ocasión Marina me insinuó su deseo de ir a comer una pizza a una pizzería “de verdad”. Sin dudarlo, me ofrecí para acompañarla. Fue todo una experiencia, más para mí que para ella. Pude comprobar cómo con su gracia engatusaba a la gente, con sus preguntas, sus miradas y ese coqueteo que establecía con todo el mundo. Nos invitaron a los postres y al café. A la salida nos despidieron el chef de cocina y el camarero. Imposible competir con ella.

Un día, mientras estaba cocinando, le explotó la bombona de butano. Tuvieron que amputarle una pierna y su estado era en extremo delicado. A pesar de su gravedad, cuando fui a verla al hospital, la encontré coqueteando con el fisioterapeuta, intentando convencerle para que le pusieran una prótesis. Una vez más pude comprobar su poder de seducción, su

habitación era un entrar y salir de enfermeras, cuidadoras y otros pacientes para interesarse por ella.

Marina amó la vida hasta el último momento, mantuvo la ilusión de volver a andar con una pierna ortopédica. Antes del último suspiro, dicen que abrió los ojos, les hizo un guiño a los presentes y se marchó.